

**"Esta delgada luz de tierra"
Ed. Pequeño Dios
Santiago de Chile
2007.**

memoria

La oquedad de manos
es ocupación de hojas,
simple gesto
para redondear el cadalso de las especies.

Cada migración de aire
es proyecto de generaciones
viajan en la pluma selvas transformadas.

¿Qué hueso silbará
desde mi otra conciencia
hasta la patria sumergida?

El mar atrapa con su velo iracundo
la tristeza se oculta en la piel
mis lágrimas son apenas un símbolo
el significado está más abajo.

Toda lluvia iguala los pasos
toda lluvia es un entierro de amor
todo entierro de amor viaja a las semillas
que atraen los cielos.

Yo no muero en ti
pero te cubro de esperas
sobre la hierba tumbada
tu rostro se pega cada vez más a mis huesos.

Traes el avance del olvido
esa luna derramándose en sombra
una imagen que me cuelga pesada
martillo inmóvil
en el silencio con que hablan los muertos.

Sueño que me sueñas
y entretanto
la mañana se demora.
En esta delgada luz
¿Cómo soportar el insomnio
que me ciega?

Para toda suerte
la noche vuelve a los ojos del que calla.

Hay sombra, noche,
día, recuerdo.
Una luna recostada entierra su uña.
¿Qué aullido sube
precipitado en la pálida
luz de memoria
que me inflinges?

Se hunde el nombre
donde la lluvia se olvida.
Con su timbre permeable
mi corazón asiste
la humedad del crepúsculo.

Duelen los oídos,
la palabra muda.
Cambia mi cráneo con la destemplanza
ese silencio maldito en los gritos,
pregunto.

Una voz alarga su sombra.
Percibo desde el vacío
el hilo retorcido de su existencia.

Una hoja cae
pierde el sentido.
Se ordena una palabra
antes que una palabra ordene.

¿Por qué una voz
me sujeta?

En la hoguera de otros actos
se desenlaza ingrávida la lengua.

el reconocimiento

En los caracoles te conoceré
en tímpanos profundos de tierra convertida
en procesión de lenguas
que aguzan el sonido hasta la nada
mientras los caracoles
se entregan lentos a su tierra.

En los dientes te conoceré
en la ausencia de esa mascada
en el segmento separado de la pulpa,
iré en búsqueda de las entrañas,
fruta huérfana de labios.

Te conoceré en los hondos marfiles,
en la veta que llega a las raíces
y en un mundo sin forma
desgarro tras desgarró.

Te conoceré en las cuencas,
en valles luminosos
donde otra oscuridad aguarda
en la onda desgravada te conoceré,
en el párpado caído.
Detrás, tu rostro difuso.
Los huesos
son otra parte de la luz.

A la tierra trizada
donde estarán los huesos
y al humus de los recuerdos,
hasta la enmudecida greda
llevaré mi pensamiento envuelto
y esperaré
tu respuesta
y silencio.

la palabra

Alguien regaló un círculo
a un ojo placentero
que se abrió en el agua
o una semilla que se da al caer.
También las cenizas tienen su cuerpo,
signo de la sola memoria.

Un hombre se hunde en el agua
para recuperar sus branquias
o su traje olvidado.

Se resuelve el mar inagotable.
Los dedos de un poema
comprenden el fin de un río.

Evito cruzar un mar sin olas
ni una ola sin sangre.
El destino crece y muere en el océano.
Nadar es invocar a los muertos.

Vi una delgada luz
en la bruma detenida
y una ventana o una boca
sin arriba sin abajo sin nacimiento ni después.
Y en el abismo apenas
un delgado sonido
en la profunda espera de las tinieblas.

Esa palabra nace en lo oscuro
sale del mar como una especie nueva,
ahora galopa, cabalga su sangre,
como otra palabra
hacia la delgada arteria de otro mar.

Ahora el poema es una espora
una clavícula de sal
en la corriente transparente de los sueños.
Ahora el poema es una ola
que nace de todos los poetas
desde el punto original.

De los mares encontrados
Nos salpica una lágrima.
Somos duros en la superficie
pero latimos
sin un rocío nos agita.

El mar nunca nos quiso.
Cuando el abismo llama
no sabemos si es un golpe de cielo.

Expulsados
de la realidad húmeda,
del paraíso árido,
solos debemos
extraerle al mar nuestros racimos.

Allá abajo
desarmado entre los tesoros
andas
rodeado de quienes buscan recompensa
Sin alternativa
como un pálido vagabundo
detenido entre las medusas,
en busca de una imagen
extraviada para siempre.

Me dejo llevar
del reflejo de una a otra estrella,
perdido entre anémonas e hipocampos.
La luz, morada del tiempo,
riela una palabra
que no apagaré
mi rostro ante el espejo.

Envío correspondencia a la otra vida
la lanzo sobre las olas,
sobre aullidos que me extraviaron,
destinada
a quien se alzó sobre las llanuras.

Estos ojos que vieron injusticia
reflejan más hondura,
mi ancha boca humedecida,
los rudos miembros enajenados,
la imagen que extraigo del reflejo,
todo ese vello que oculta hermosura.

Si antes era pálido
ahora
una leche perdida en la niebla
me subsiste,
como mis dientes y mi hambre.

el poema

Sobre el abismo,
en el largo país de la memoria
marcha interminable
el lento velero de las esperanzas.
Un balandro de luz
surca un océano de recuerdos.
Soledades en sombra,
por no verte
ojo sin lágrima.
Tribus sin paz,
oasis perdido.

Rodeado
de acantilados violetas y ropaje frío,
acechado por desintegradas especies
y torrencial sonido de agua viva.
Habitas domicilio asegurado
en la región permanente del corazón.

Huyendo de róbalo que te persiguen
sumergido
en el antiguo entusiasmo de las ondinas,
tras la defensa gótica de los corales.
Ceñido de húmedos recuerdos
y por reflejos de azogue,
vives en el movimiento de seres
con fondo cristalino.

Volverás del olvido despedido
a los nuevos oleajes,
a las mareas de esta vida,
a la crecida permanente.
Clepsidra de pétalo de coral,
nauta interminable,
manantial de nuestra vida.

Estás muerto pero me vives.
Muerto como la tarde que declina
y eleva una estrella desconocida.
Muerto como otro grano de polvo
entre las manos
en lo que fue primero savia
exultación o grito,
muerto con un furor
de sirenas ocultas,
con vapores marchitos,
rancios
entre un oasis de madreporas.
Expuesto en el quicio de los océanos,
junto a los bosques de oscura belleza.
Gimiendo desde los fiordos
con sonido de pájaros fríos.

De tu cabellera arriba
la primera claridad
el sueño de la madurez
a tu "ciudad de la poesía".

Allá adentro
no sólo vida declinando ofreces,
muéstrame finalmente el ancla
donde alzaré tu hueso
una semilla, algo que diga
que estás en nuestros labios
repartido.

ciudad de la poesía

Te envió la carta precisa
de apremiante destino.
No te olvides que voy zurcido
a las mismas entrañas,
duele el oxígeno
pero cuando nos falta se convierte en lágrima.

Si te envió esta carta
es porque creo en nosotros,
en la urgente necesidad
de unir sílabas que cantan,
de jugar con vocales espaciosas.

Hay una delgada luz de tierra
que alumbra el nacimiento de un poema.
Animal tenebroso
sorprendido por lo aparente,
seguro en su cueva
en su antro de luz y sombra,
dando una llama fuera de las horas,
como una estrella
que vive más allá de su tiempo.

Extendamos nuestra ciudad
sobre esta delgada luz,
puesto que nada más conocemos.
Sólo este reflejo,
sólo el brillo que alumbró tus ojos
cuando bajaste de los árboles,
cuando el mar te trajo
borrando entonces toda frontera
entre tierra, agua, pensamiento.
Una nueva lozanía surge de las manos.

